

Esta opinion no es la generalmente admitida; pero es la comprobada: la imparcialidad ántes que todo.

V. La primera es propia de un mercader de amor; la segunda ha probado de los lábios de un hombre de corazón.

La veleidad de la mujer es el asunto fundamental de casi todas las novelas, comedias y romances que escriben los modernos reformadores de la humanidad; edifican sobre arena. Si el hombre tiene en la tierra algun maestro de amor, es la mujer. Los que la inculpan en este concepto, no parece si no que en cabeza ajena se juzgan á sí propios.

La llamada coquetería de la mujer no es, como se ha dicho, una red tendida por su vanidad á la nuestra; no es el deseo de inspirar cariño sin sentirlo, ni la venganza de la debilidad, ni el charlatanismo del amor, ni el ánsia de adoradores unida al menosprecio de los amantes: ni un sexto sentido más delicado que los otros cinco; todas estas son espresiones más ó ménos felices é ingeniosas; pero igualmente inexactas. Todavía no hemos tenido la necesaria franqueza para definir la coquetería: tengámosla una vez.

La coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

Hay mujeres que se asustan de la pala-

bra *amor*, y no abandonan la idea; otras hay que no abandonan la palabra, y se asustan de la idea: las primeras están muy cerca de la hipocresía; las segundas pisan el umbral de la coquetería.

Una coqueta que toma amante es un soberano que abdica, ha dicho Mad. de Coigny.

Con permiso de esta señora, una coqueta que toma amante no es coqueta: probablemente lo que ántes pareció coquetería, no era sino el movimiento perpétuo en que se agita el alma que tiene precision de amar; porque el amor puro es la única atmósfera en que pueden respirar las almas sensibles y privilegiadas. Una coqueta viene á ser objeto preferido de las invectivas y los sarcasmos de todos los escritores adocenados y vulgares. ¡Inocentes! ¡No advierten que arrojan al cielo puñados de arena!

¿Qué derecho tenemos para imponer á las mujeres ese rigorismo que nunca les damos á imitar? ¿Cuándo ni cómo las educamos, para que en buena ley podamos pedirles cuenta de esas altas cualidades, que son en mucha parte obra de la educacion?

¿Qué debe la mujer á la sociedad actual, á esta sociedad que la diviniza y la burla; qué debe á los hombres de hoy, á estos hombres que la adulan y la escarnecen y la ultrajan, para que se le exija esa abrumadora escrupulosidad en las formas, para que se juzgue

su honor prendido de una sonrisa, comprometido quizá en una mirada?

¿Con qué derecho requiere el hombre de inconstante y veleidosa á la mujer, sin añadir la crueldad al velipendio?

Vosotras, las que con rostro sereno y el corazón traspasado sentís por fortuna el fuego de un cariño honesto y puro, decid á esos atolondrados que no conocen á la mujer; decidles que hablan de oídas; que no saben ni qué es amor; y no lo saben, porque el amor casto es un don que envía el cielo á las almas que quiere hacer felices.

Preguntadles si alguna vez ha latido su corazón: si han buscado arduosamente en el disco de la luna ó en el giro de una estrella, la mirada del sér por quien alienta: si han interrogado al aura de los campos, que llega hasta sus lábios, y á las aves que cruzan alegres por su ventana; si han visto en fin, cercarse en el espacio las alas de oro de un ángel que cobija dos almas que son una.

Si os dijeren con la sonrisa estólida del escepticismo que nada de esto han sentido, porque no son poetas, respondedles con plena seguridad que no es amor el amor que no es poeta.

VI.

Nada horroriza más que la idea de un amor impuesto.

¿Será verdad que hay padres que imponen á sus hijas el amor? Esos padres deben padecer una perturbación mental.

¡Mandar el corazón! Tanto valdria cambiar el curso del Nilo, ó decir á la tierra que se pare.

¿No es harto desgraciada por sí la mujer, condenada, como ya hemos dicho, á esperar, á esperar indefinidamente?.....

¿Cuándo se convencerán los padres de que burla su vigilancia, sea esta cual fuere, el amor á hurtadillas de sus hijas?

¿Y cuándo se convencerán de que si el amante es digno, deben favorecer el amor franco ántes que dar lugar al de emboscadas?

Si la educación llegara entre nosotros al punto á que debiera llegar, los padres serian los primeros confidentes de sus hijas; no estaria este honor reservado á los pages y servidoras.

Y como reservado á tales ingenios, produce las consecuencias que diariamente se deploran.

La pobre criatura que apenas sabe más que vestirse y adornarse para agradar, por-

que otra cosa no le han enseñado, cree en cualquiera frase de amor, se apasiona del primer farsante que la lisonjea, y labra quizá su perpétua desventura. ¿Quién podrá reconvenirla con justicia?

Temblad, jóvenes candorosas, al escuchar una declaración de amor: por de pronto, el que se declara con los labios, sin duda no está seguro de haberse declarado con los ojos; y amor que no se retrata en los ojos, tened por infalible que no es amor.

Una mujer de talento jamás debe deslumbrarse con el oropel: el oro es muchas veces, y en determinadas manos, oropel.

Todo lo que puede valuarse carece de valor. El mérito que se somete á número y á medida, parece una mercancía que se remata en el mejor postor. El comercio y el amor están reñidos de muerte. El amor no sabe contar ni medir: no sabe más que amar.

Las grandezas y los bienes, decía una mujer muy célebre, no constituyen el encanto del amor. La verdadera ternura sabe separar del amante todo lo que no es de él, y poner aparte su fortuna y sus honores para considerarlo sólo, y sólo con él llenar su corazón.

La reputación, los triunfos, la gloria; hé ahí lo único que una mujer delicada acepta del hombre á quien ama. Y acepta esos bienes que son intrínsecos, inseparables; si se

puédieran comprar y vender, si estuviese en mano de cualquiera el poseerlos, los rechazaría también; los tendría por de mucho ménos precio que la más rápida de sus miradas ó el más ténue de sus suspiros.

No hay nada más elevado ni más grandioso que el orgullo noble de una mujer de talento.

¡Feliz mil veces quien poseyere su amor! El hombre que tiene la dicha de ser amado por una mujer de talento y de corazón, es un ingrato si abriga desconfianza, y un malvado si llega á abrigar celos.

La desconfianza no es la madre de la seguridad, como se ha dicho; la desconfianza es la hija del egoísmo. El egoísmo y la pobreza de espíritu son en este caso voces sinónimas.

La desconfianza es un vicio *contraproducentem*, en el sentir de Séneca; por ella aprende á engañar la persona misma de quien se teme el engaño. La desconfianza autoriza la fidelidad.

Napoleon pudo muy bien decir que en los negocios humanos no es la fé la que salva, sino la desconfianza.

Aunque esta máxima sea cierta, no puede aplicarse al amor, porque en el amor hay algo de sobrehumano.

La desconfianza es una nube que aparece en el cielo del espíritu: los celos son la tem-

pestad. Contra los estragos de esa tempestad no hay más para-rayos que el talento. "Los celos son la medianería entre el amor y el odio."

Es inexacto; los celos son la medianería entre la estupidez y la perversidad.

Creemos con el vulgo que los celos son un exceso de amor; pero el vulgo debia añadir la palabra *propio*.

Una escritora de fama sostiene que los celos groseros son desconfianza del objeto amado, y los celos delicados desconfianza de sí mismo.

Pero es repugnante adunar las dos ideas de celos y delicadeza; no sabemos cómo podría probar esa escritora que la desconfianza de sí mismo puede en ninguna ocasion confundirse con los celos.

Cuanto es más violenta la pasion del amor, es más inminente el peligro de los celos.

Esta es la opinion de la generalidad; pero la generalidad se engaña. Nos adherimos á la minoría, que sostiene y prueba que los celos solo indican un amor débil, una soberbia nécia, un convencimiento de la escasez de mérito propio, y á veces un corazon muy depravado. No hay celos de amor; no hay más que celos de orgullo y de egoismo.

El celoso, leimos en una ocasion, no es el amante que ama, sino el dueño que se enoja.

Los celos son de ordinario el proceso de quien los abriga.

Los celos del hombre son casi siempre infundados é infaman á la mujer; los celos de la mujer son casi siempre justos y no infaman al hombre.

Hé aquí la equidad:

Para el vulgo, un hombre celoso es un buen ciudadano que vela por su honra; una mujer celosa es una loca que merece compasion.

¿Quién autoriza al vulgo para fallar en causas de amor?

Los celos brotan ordinariamente en los hombres por falta de talento, y en las mujeres por exceso de penetracion.

El que recela de una mujer virtuosa que le da pruebas de amor, recela de sus propios merecimientos; hace una confesion tácita de su misma indignidad.

En las luchas formidables que se traban en el fondo de cada individuo, aparece el germen de los celos: ese germen se desarrolla cuando vence el elemento más tosco y material; ese germen se destruye cuando vence el elemento más ténue y espiritual; del primero nace la pasion horrible de los celos; del segundo nace el orgullo santo del amor.

Para inspirar confianza á las mujeres, es un principio constante, se hace previamente necesario tener confianza en sí.

En materia de amor no hay pensamientos

que descienden del cielo, y pensamientos que se alzan de la tierra; el hombre de inteligencia recibe los primeros como un destello de lo alto; el hombre vulgar y escéptico se ahoga con los segundos, que semejan una columna de humo denso y fétido.

El celoso no sabe respetar ni respetarse; y el respeto es hermano inseparable del cariño verdadero.

Como ha dicho con razón el abate Prevost, un amor puro y leal inspira más respeto hácia una pastora amada, que toda la nobleza de la sangre y el rango de los honores hácia el primer príncipe del mundo.

En el extremo contrario de la escala del respeto, están la indiferencia y la frialdad. Las mujeres tienen el necesario, y tal vez providencial instinto, de no confundir jamás los grados de esa escala.

El respeto y la indiferencia miran con distintos ojos.

Lo que las mujeres no perdonan jamás es la insipidez y la descortesía.

VII.

Es un error creer que para las mujeres la amistad es un afecto distinto que para los hombres.

En este punto hay opiniones encontradas.

Tratándose de la mujer, creen unos que la amistad es casi siempre la jubilación del amor; otros suponen que es la amistad el noviciado del amor.

Unos han dicho que es más fácil ver al amante degenerar en amigo que ver al amigo degenerar en amante.

Los primeros añaden: amor que da lugar á la amistad, no es amor; los segundos replican: mujer que ofrece su amistad al que le pide su amor, da señal de saber lógica, quiere proceder con método.

Hé aquí una cuestión en que es de todo punto imposible conciliar los pareceres; estriba en la inteligencia de las voces; viene á ser una cuestión de palabras.

El amor no correspondido, ó como si dijéramos, el amor *unilateral* constituye una clase aparte; clase respetable, como lo es siempre el infortunio; la clase cuyos individuos pudieran recibir el nombre de *inválidos del amor*.

Dijo una gran verdad el que aseguró que el amor y el enamorado suelen vivir en constante contraposición.

*Qui suit amour, amour le fuit;
Qui fuit amour, amour le suit.*

Contra esa horrible desgracia no caben reglas ni apreciaciones; tal vez aludiría á este

caso el insigne poeta, autor de una redondilla antes citada; si así es, nos reconciliamos con el pensamiento que encierra, y lo aplaudimos.

Lo que jamás podremos aplaudir es el exceso de afectación varonil en ciertas mujeres, y el exceso de ternura simulada en ciertos hombres.

Es fijo: las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche cantan de miedo.

Los hombres que más recargan los colores de su ardorosa pasión, consiguen las más veces pintar una ridícula caricatura: se declaran vulgares.

A menos que medie una pasión violenta, adquirida en los primeros años de la juventud, es máxima irrefragable que una mujer de talento nunca se enamora de un hombre vulgar. Y los hombres vulgares abundan más de lo que ordinariamente se cree.

Es síntoma de vulgaridad de los hombres el repetir en toda ocasión sus juramentos de amor.

Como si no se supiera por todos que tales juramentos suelen ser la moneda falsa con que se pagan los sacrificios de amor.

Beauchene lo ha escrito: la mujer á quien más se ama es cabalmente á quien menos se le dice.

El amor más afluyente es casi siempre el amor de los más necios.

Un hombre necio es una calamidad para una mujer de talento: la mujer de talento es á la vez una calamidad para el hombre de corazón que aspira á su cariño. Hay sin embargo, una diferencia notable entre ambas calamidades: la primera es incurable, perpétua; la segunda es transitoria, y puede ser manantial de dichas y de ventura.

Toda la ciencia de un hombre hábil, verdaderamente enamorado, es hacer que el corazón de la mujer sonría, y viertan lágrimas sus ojos.

Sin embargo, no olviden los hombres que la primera lágrima de amor que hacen derramar es un diamante, la segunda es una perla, la tercera es una lágrima.

Si un hombre sintiese que asoma á sus párpados el llanto del amor, llore sin ruborizarse.

Las que no lloran son almas

sin fe, sin amor, sin jugo.

Estos dos versos de nuestro amigo del alma Rubí, encierran todo un poema de ternura.

Como encierra un mar inmenso de desconsuelo la máxima siguiente de nuestro amigo también querido Teodoro Guerrero. "El amor es un pozo de agua cristalina; pe

ro la humanidad se da tal maña, que lo revuelve y saca sólo el cieno del fondo.

Con permiso del galante *anatomista del corazón*, donde dice *la humanidad*, hubiéramos escrito nosotros: *la juventud veleidosa y descrida del siglo XIX.*

Esto nos parece más exacto. *Amicus Platon, sed magis amica veritas.*

VIII.

Y pues hemos hablado de Platon, digamos cuatro palabras acerca del amor á que dió nombre.

Un autor, no recordamos cuál, denomina al amor platónico *el velo de la insuficiencia.*

Esto no lo entenderá por ahora el lector; pero tampoco nosotros lo entendemos.

¿Son los sentidos corporales los únicos conductores del amor?

Aquí se dividen las escuelas; estamos en plena filosofía.

Dos sectas salen á nuestro encuentro: los *sentimentalistas* y los *sensacionistas.*

Para los primeros, es amor el enlace invisible de dos almas: para los segundos, es amor el enlace visible de dos manos.

Los primeros parten de la idea; los segundos de la impresión. Los primeros suelen perder la cabeza y conservar el corazón; los

segundos suelen perder el corazón y conservar la cabeza.

Los primeros son agua que se evapora; los segundos son agua que se congela: los primeros aman lo que desean; los segundos desean lo que aman.

Los primeros son hombres de *sentimiento*; los segundos son hombres de *sensación.*

Los unos miran al cielo: los otros miran á la tierra.

En literatura, aquellos son la poesía, estos la prosa: en filosofía, aquellos representan lo ideal, estos lo real.

Aquellos, en fin, dando todo á la intuición, piensan con el pensamiento, se desprenden de los sentidos: son alumnos de Platon. Estos, fiando todo á la percepción material, piensan con las sensaciones, hacen á los sentidos vehículos de todas las ideas: son aristotélicos.

Convengamos, pues, en que Platon ha sido más afortunado que Aristóteles; una raza de amantes ha tomado su nombre; hasta en las últimas clases de la sociedad se oye hablar de amor platónico.

Basta de filosofía, y hagamos alguna aplicación.

¿El platonismo es la timidez?—Si no lo es, se le parece mucho.

¿El platonismo es la ineptitud?—Si no lo es, puede confundirse con ella muchas veces.

¿Cuál será, pues, el amor platónico en toda su filosófica verdad?—El amor de dos personas que nunca se han conocido.

—¡Insigne vulgaridad!—dirá algún crítico. Perdone el crítico. No crea que vamos á recordarle el ejemplo de D. Quijote, modelo de enamorados; que por ser á la vez modelo de locos, seria autoridad que el crítico nos rechazase.

¿Quién no ha soñado amor en este mundo? ¿Quién no se ha fingido allá en los palacios de su fantasía la imágen de un sér que no ha visto en la tierra, que tal vez la Providencia ponga un dia en su camino?

¿Quién no ha amado con toda pureza de su corazon á un sér que no se viste de nuestro ropaje, que no habla en humano idioma, que flota invisible por el espacio, que suspira en el murmurio de la fuente, que gime en el viento de la noche, que llora en el rocío de los prados, que sonríe en los resplandores de la aurora?.....

—¡Poesía, poesía! ¡ilusiones, ilusiones!—repetirá el crítico adusto.

Y tiene razon: adivinó la fórmula.

Esa poesía, esas ilusiones, son precisamente lo que constituye el *amor platónico*.

IX.

“Cuando recibais la carta de una mujer, leed desde luego la *postdata*; y si no la tuviere, leed la última línea: allí está el pensamiento capital de toda la carta.”

Una mujer lo ha dicho; sus razones tendrá. No es esto solicitar para las últimas líneas del presente capítulo mayor atencion, ni ofrecerlas como síntesis del difícilísimo tratado del amor.

No hemos citado la máxima por simple razon de congruencia: la hemos citado porque nos proponemos apreciar rápidamente *las cartas de amor*; y la síntesis de tales cartas es de ordinario la *postdata*.

Por eso hemos escrito esta palabra al comenzar nuestras apreciaciones: no como apéndice á lo anterior, sino como anteocupacion, resúmen anticipado de lo posterior.

Han discutido los sábios la siguiente proposicion: ¿conviene que las mujeres sepan leer y escribir?—

¡Y qué cosas tan peregrinas han dicho los sábios al discutir esa tésis!

Respetamos á los sábios hasta el umbral de la veneracion; por eso nos abstenemos hoy

de llamarlos á juicio, á nombre de la justicia y de la verdad.

Tal vez alguno de esos mismos sábios escribía en su buena edad tratados de floricultura á tal ó cual Galatea desdeñosa, ó Filii enamorada, ó Clori ingrata.

No es lo malo que esos tratados se escribiesen en aquellos tiempos, en que los apasionados de Góngora y los discípulos de Churriguera declaraban abierta hostilidad al buen gusto literario y artístico; lo peor es que se reproduzca hoy en el siglo del vapor y de la política, de la ilustración y del *puff*.

Porque es fuerza convenir en que si algún género de literatura se halla entre nosotros atrasado lastimosamente, es el género *erótico-epistolar*.

Tratándose de las cartas de amor, no hay medio; ó son sublimes ó ridículas; bien es verdad que, según declaran los libros de estética, lo más próximo á lo sublime, *avanzando*, es lo ridículo.

Un amor que, *entre presentes*, se declara por escrito, lleva mucho adelantado para quedar á media correspondencia.

No hablemos del amor que se declara en verso; las mujeres no hacen gran caso de un artificio en cuya virtud, si hay necesidad de un consonante en *oria*, se las bautiza de *gloria*; y si fué de masculino aquella terminación, se las llama *purgatorio*!

Amor que se revela en un *romance* es difícil que pase nunca de ser amor *romántico*.

La dulce poesía del amor puro y honesto no há menester de metro ni de rima.

Toda la rima y todos los consonantes son de suyo ineficaces para producir siquiera un átomo de verdadera poesía.

Es máxima comprobada por la experiencia que el amor hace necios á los discretos, y discretos á los necios.

Cuando habla el corazón están de más las frivolidades de la retórica. Un momento antes no sabe el corazón lo que la inteligencia va á escribir; un momento después, no sabe la inteligencia lo que ha escrito el corazón.

Cada vez nos parecen más ridículos esos formularios de estilo epistolar á que ya en otra ocasión hemos hecho referencia.

Las cartas de amor, salvo en los casos de estado excepcional, sólo se conciben y pueden tolerarse *entre ausentes*.

No recordamos qué autor aconseja á los enamorados ausentes la correspondencia frecuentísima; pero recordamos que apoya su consejo en estos ó muy análogos términos: la mujer que os ama y de la cual os alejais, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separación; si no la escribís, comenzará pronto á contarlos por días; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años;

luego.....no lo contará: terminará la cuenta con el *cero* del olvido.

En rigor de justicia, este razonamiento no es aplicable á todas las mujeres, ni tampoco al mayor número. No nos atreveríamos á decir lo mismo si la antedicha escala se refiriese á los hombres.

Nosotros que concebimos la pasión entre dos personas *presentes* que nunca han hablado de amor, la concebimos también entre dos *ausentes* que nunca han escrito de amor.

Hemos dicho que la concebimos, que la creemos posible: no se entienda, sin embargo, que la tenemos por probable, y mucho ménos por frecuente.

A los tres meses de ausencia, prescribe la fé jurada, segun se lee en el código del amor.

¡Insigne arbitrariedad!

La fé jurada no puede, no debe prescribir. Suponemos que en ese código faltará un artículo, que diga: "La correspondencia escrita interrumpe la prescripción" pero aún así es de todo punto inaceptable aquella ley.

No somos tan injustos que condenemos las cartas de amor por el abuso que de ellas, al decir de la generalidad, suelen hacer algunos amantes en un exceso de calor ó en un exceso de frío.

Nada más léjos de nuestro propósito; sin embargo, por término de este capítulo vamos á dirigir á nuestras amables lectoras una ad-

vertencia, que no está distante de parecer un consejo.

Conviene que las mujeres amen mucho, pero honestamente; y escriban poco, pero de tarde en tarde.

CAPITULO SESTO.

EL MATRIMONIO.

Si nos propusiéramos rebatir todas las vulgaridades que se han escrito y dicho acerca del matrimonio, formaríamos libros para una biblioteca; en vez de formar *Amante* para un tomo.

La historia del matrimonio es la historia de la humanidad.

Diez séculos crió Dios en el principio, y los crió para que se amaran, se viesen y viviesen de consuno. El aura del paraíso llevó en sus alas el primer suspiro de amor; el primer lecho superial fué un lecho de flores nacidas á impulso de una palabra del Eterno, y acariciadas dulcemente por su hábito soberano. La obra de Dios atraviesa los siglos y